

Trabajo Fin de Grado

Historia y Evolución de la Teoría Económica: de
los marginalistas a Keynes y su influencia posterior

Autora

Patricia Tierno Heras

Director

Ernesto Clar Moliner

Facultad de Economía y Empresa

2023-2024

HISTORIA Y EVOLUCIÓN DE LA TEORÍA ECONÓMICA: DE LOS MARGINALISTAS A KEYNES Y SU INFLUENCIA POSTERIOR

Elaborado por Patricia Tierno Heras

Dirigido por Ernesto Clar Moliner

Titulación a la que está vinculado: Grado en Economía

Resumen

Este Trabajo de Fin de Grado analiza la evolución del pensamiento económico desde la Teoría Marginalista del siglo XIX hasta la Revolución Keynesiana del siglo XX, y examina cómo estas corrientes han influido tanto en la teoría económica como en la política global. El propósito principal es identificar las transiciones que surgieron en respuesta a las limitaciones de teorías anteriores para comprender fenómenos económicos más complejos, como la Gran Depresión.

El ámbito del estudio abarca un análisis teórico e histórico, evaluando las principales contribuciones de la economía marginalista y neoclásica, y cómo estas teorías fueron retadas por las ideas de John Maynard Keynes a través de su obra *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (1936). El alcance del trabajo incluye el impacto de estas teorías en la política económica de Estados Unidos, destacando reformas clave como el New Deal.

Además, se explora el legado de Keynes, el dominio de su pensamiento durante la era keynesiana, las contribuciones que condujeron al desarrollo del nekeynesianismo y las críticas y debates sobre esta corriente.

Metodológicamente, se ha llevado a cabo un análisis objetivo y crítico de las teorías apoyado en una revisión de obras económicas y autores relevantes. Este enfoque ha permitido trazar la evolución de estas teorías, así como evaluar sus efectos prácticos y las respuestas que generaron en la comunidad académica y en las políticas públicas.

HISTORY AND EVOLUTION OF ECONOMIC THEORY: FROM THE MARGINALISTS TO KEYNES AND HIS LATER INFLUENCE

Abstract

This Final Degree Project analyzes the evolution of economic thought from the Marginalist Theory of the 19th century to the Keynesian Revolution of the 20th century, examining how these schools of thought have influenced both economic theory and global policy. The main objective is to identify the transitions that emerged in response to the limitations of previous theories in understanding more complex economic phenomena, such as the Great Depression.

The scope of the study includes a theoretical and historical analysis, evaluating the major contributions of marginalist and neoclassical economics, and how these theories were challenged by the ideas of John Maynard Keynes through his work *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (1936). The study also examines the impact of these theories on U.S. economic policy, highlighting key reforms like the New Deal.

Additionally, it explores Keynes's legacy, the dominance of his thought during the Keynesian era, the contributions that led to the development of neo-Keynesianism, and the criticisms and debates surrounding this school of thought.

Methodologically, an objective and critical analysis of the theories has been conducted, supported by a review of relevant economic works and authors. This approach has made it possible to trace the evolution of these theories, as well as to evaluate their practical effects and the responses they generated in the academic community and public policies.

ÍNDICE

1. PREÁMBULO. LA REVOLUCIÓN MARGINALISTA	2
1.1. Orígenes y desarrollo histórico de la “Revolución Marginalista”	2
1.2. Características generales de la teoría marginalista	3
1.3. La evolución de la teoría marginalista	4
1.4. Críticas y limitaciones de la teoría neoclásica	6
2. JOHN MAYNARD KEYNES Y LA REVOLUCIÓN KEYNESIANA	8
2.1. Contexto histórico y orígenes de la teoría keynesiana	8
<i>2.1.1. La Gran Depresión y el desafío a la teoría neoclásica</i>	<i>8</i>
<i>2.1.2. John Maynard Keynes y la teoría general</i>	<i>10</i>
2.2. Principios fundamentales del Keynesianismo. La Teoría General del Empleo, el Interés y el Dinero.....	11
2.3. El impacto en la política económica	16
<i>2.3.1. Cambio en la política económica de Estados Unidos.....</i>	<i>16</i>
<i>2.3.2. Reformas monetarias</i>	<i>18</i>
3. EL LEGADO DE KEYNES	20
3.1. La era keynesiana.....	20
<i>3.1.1. El dominio del pensamiento keynesiano</i>	<i>20</i>
<i>3.1.2. El contexto económico y político</i>	<i>21</i>
<i>3.1.3. Evolución del Keynesianismo: contribuciones</i>	<i>22</i>
3.2. Críticas al Keynesianismo	23
<i>3.2.1. El debate Keynes vs Hayek: contraste de visiones.....</i>	<i>23</i>
3.3. Críticas y respuestas	25
<i>3.3.1. Críticas de Hayek al Keynesianismo.....</i>	<i>25</i>
<i>3.3.2. Críticas monetaristas</i>	<i>26</i>
4. CONCLUSIONES	29
5. BIBLIOGRAFÍA	33

1. PREÁMBULO. LA REVOLUCIÓN MARGINALISTA

1.1. Orígenes y desarrollo histórico de la “Revolución Marginalista”

La segunda mitad del siglo XIX fue una época de cambios profundos y de intensas transformaciones en Europa y el mundo occidental debido a la Revolución Industrial. Este periodo impulsó la urbanización y cambios sociales significativos, incluyendo la migración masiva de poblaciones rurales a ciudades en busca de empleo. Políticamente, el liberalismo económico y el nacionalismo estaban en auge, promoviendo mercados libres y la unificación de naciones como Alemania e Italia, mientras otras potencias europeas expandían sus imperios coloniales. Económicamente, el capitalismo industrial florecía con innovaciones tecnológicas y producción en masa.

En este contexto de transformación, a finales del siglo XIX surgió la teoría marginalista, como respuesta y evolución de la economía clásica, que había dominado el pensamiento económico desde la obra de Adam Smith. Esta nueva corriente emergió para abordar las limitaciones de la teoría del valor trabajo de los economistas clásicos e introdujo conceptos innovadores que permitieron un análisis más detallado del comportamiento individual y del mercado.

Entre 1871 y 1874 surgieron los principales autores de esta corriente: Stanley Jevons en Inglaterra, Carl Menger en Austria y Léon Walras en Suiza. Introdujeron nuevas ideas centradas en la utilidad marginal y la subjetividad del valor, proporcionando herramientas más precisas para entender la formación de precios y la asignación de recursos en una economía de mercado. Estas innovaciones teóricas no solo respondieron a las limitaciones de las teorías clásicas, sino que también establecieron las bases para el desarrollo de la teoría económica moderna. Aunque trabajaron de manera independiente, sus ideas convergieron en lo que se conoce como la “Revolución Marginalista” de la década de 1870.

A pesar de haberlo denominado posteriormente como revolución, los economistas de la época no estaban de acuerdo con dicho nombre. Mark Blaug, en un artículo publicado en *The Economic Journal*, titulado *Was There a Marginal Revolution?* (1972), concluye que fue un proceso y no un acontecimiento y así lo creían los autores de la doctrina. Cabe destacar que la teoría marginalista ya había tenido precursores con anterioridad, como Jeremy Bentham y su teoría de la utilidad.

1.2. Características generales de la teoría marginalista

La teoría marginalista representa un punto de inflexión en el pensamiento económico, marcando el abandono de las ideas clásicas y la adopción de una nueva concepción basada en la teoría subjetiva del valor y el concepto de utilidad marginal. En su obra *Production of Commodities by Means of Commodities: Prelude to a Critique of Economic Theory* (1960), Piero Sraffa, crítico con la teoría marginalista, contrasta dichos fundamentos con los de la teoría clásica. Mientras que el pensamiento clásico entiende el sistema de producción y consumo como un proceso circular, el marginalismo ofrece “la imagen [...] de una avenida unidireccional que lleva de los “factores de producción” a los “bienes de consumo” (Sraffa, 1960, p. 93).

La teoría marginalista se caracteriza por varios aspectos clave que se resumen a continuación.

En primer lugar, a diferencia de la teoría clásica, que establece el valor de un bien en función de su costo de producción, la teoría marginalista sostiene que el valor de un bien es determinado por la utilidad que le asigna cada consumidor. Este enfoque subjetivo del valor pone énfasis en las preferencias individuales y tiene sus raíces en la teoría utilitarista de Jeremy Bentham, quien introdujo la noción de utilidad como una medida subjetiva de bienestar en el siglo XVIII. Posteriormente, economistas marginalistas como William Stanley Jevons, Carl Menger y Léon Walras formalizaron esta idea en el contexto de la economía, desarrollando la teoría de la utilidad marginal que caracteriza al marginalismo.

Otro de los conceptos centrales de la teoría marginalista es la utilidad marginal, que se refiere a la satisfacción adicional que un individuo obtiene al consumir una unidad extra de un bien o servicio. Este concepto es crucial para comprender cómo los consumidores toman decisiones y cómo se determinan los precios en el mercado.

En tercer lugar, la teoría marginalista supone que los agentes económicos son racionales y actúan para maximizar su utilidad o beneficio. Esta premisa de racionalidad es fundamental para los modelos marginalistas, que analizan cómo se comportan los individuos en diferentes situaciones económicas.

Además, el equilibrio de mercado ocurre cuando la cantidad demandada de un bien o servicio es igual a la cantidad ofrecida. La teoría marginalista utiliza la utilidad marginal para derivar la curva de demanda, mostrando la relación inversa entre el precio

de un bien y la cantidad demandada. Del mismo modo, la teoría de la oferta se basa en el costo marginal, que es el costo de producir una unidad adicional de un bien.

Cabe destacar el concepto de Equilibrio General, introducido por Walras, con su idea de que todos los mercados están interconectados y que el equilibrio general se logra de manera simultánea (Walras, 1874).

En resumen, la teoría marginalista introduce una nueva forma de entender la economía, enfocándose en el comportamiento individual y en la subjetividad de las decisiones económicas. Este enfoque ha permitido desarrollar modelos más precisos y detallados para analizar la interacción de los agentes económicos y el funcionamiento de los mercados.

1.3. La evolución de la teoría marginalista

La evolución de la teoría marginalista condujo al desarrollo de la teoría neoclásica, una corriente que integró y sistematizó las ideas marginalistas dentro de un marco más amplio y sistemático. El término “neoclásicos” no fue utilizado por los economistas de la época para describirse a sí mismos; en realidad, fue acuñado posteriormente por Thorstein Veblen en su obra *Preconceptions of Economic Science* (1900). Veblen utilizó el término de manera crítica, para referirse a aquellos economistas que combinaban elementos de la economía clásica con las nuevas ideas marginalistas.

Los cimientos de la teoría marginalista fueron establecidos por William Stanley Jevons, Léon Walras y Carl Menger, quienes, de manera independiente pero casi simultánea, introdujeron el concepto de utilidad marginal en la década de 1870.

Según Perdices de Blas (2008), Jevons, en Inglaterra, abordó la economía desde una perspectiva matemática en su obra *The Theory of Political Economy* (1871) partiendo del concepto de grado final de utilidad marginal como base para la teoría del valor subjetivo. Walras, en Suiza, transmitió la noción de utilidad y desarrolló la teoría del equilibrio general en su obra *Éléments d'Economie Politique Pure* (1874; 1877), una contribución fundamental que buscaba explicar cómo los mercados interconectados alcanzan un estado de equilibrio simultáneo. Por su parte, Menger, fundador de la Escuela Austríaca y autor de *Principles of Economics* (1871), se centró en la subjetividad del valor y la teoría de los bienes, destacando la importancia de las elecciones individuales en la determinación de precios.

Con el tiempo, la teoría marginalista fue absorbida y refinada por economistas como Alfred Marshall y Vilfredo Pareto, quienes fueron clave en la evolución hacia lo que hoy se conoce como teoría neoclásica. Marshall, en su obra *Principles of Economics* (1890), integró las ideas marginalistas en un marco más amplio al desarrollar el análisis de equilibrio parcial y formalizar el concepto de elasticidad de la demanda, así como la importancia del coste marginal en la determinación de precios.

Cabe destacar la gran importancia de Marshall. Se le señaló por su visión humanista de la economía, enfatizando que su estudio no solo se trataba de modelos abstractos sino de mejorar el bienestar humano. “La economía política no es la ciencia triste y prosaica que se ha hecho de ella. No se limita a establecer fórmulas para resolver problemas prácticos; es, o debería ser, una ciencia acerca de la vida humana” (Marshall, 1890).

Pareto, por su parte, es conocido por el desarrollo del óptimo de Pareto, un concepto que define un estado de asignación de recursos en el que no es posible mejorar la situación de un individuo sin empeorar la de otro. Su trabajo sentó las bases para el análisis de bienestar y la teoría del equilibrio general.

Un elemento fundamental que se mantuvo desde la economía clásica es la Ley de Say, que sostiene que “la oferta crea su propia demanda”. Esta ley implica que, en un mercado libre, cualquier exceso de oferta se ajustará automáticamente porque los ingresos generados permitirán a los consumidores comprar los bienes.

Sin embargo, la visión neoclásica introdujo matices importantes al analizar el equilibrio de mercado. Mark Blaug señaló en su libro *Economic Theory in Retrospect* (1962) que economistas como Alfred Marshall reconocieron que, si bien la Ley de Say podría aplicarse en un mercado perfectamente competitivo y sin fricciones, en la realidad las fluctuaciones en la demanda agregada podrían generar desequilibrios temporales, como el desempleo, debido a rigideces en los precios y cambios en las preferencias intertemporales de los consumidores. Marshall, en su obra *Principles of Economics* (1890), expone cómo los períodos de ajuste en los mercados pueden llevar a situaciones en las que la oferta no se iguala inmediatamente a la demanda, dando lugar a desequilibrios transitorios. Este enfoque anticipa la importancia de las rigideces y fricciones que serían más tarde desarrolladas en la teoría keynesiana.

1.4. Críticas y limitaciones de la teoría neoclásica

La teoría neoclásica, que dominó el pensamiento económico desde finales del siglo XIX hasta los primeros años del siglo XX, se basa en principios de optimización del mercado y en la idea de que los agentes económicos se comportan de manera racional. Según Backhouse (2001), este enfoque se centra en la eficiencia del mercado y el equilibrio económico, lo que ha sido fundamental para el desarrollo de la teoría económica. Sin embargo, la preeminencia de la teoría neoclásica comenzó a ser cuestionada a medida que surgieron problemas económicos y nuevas ideas que no podían ser abordadas adecuadamente por esta perspectiva, llevando a la aparición de enfoques alternativos para entender el comportamiento económico y las dinámicas del mercado.

En primer lugar, el contexto de dicha época, sobre el cual se tratará de manera más extensa en el siguiente epígrafe, fue el desencadenante del cambio de paradigma. La Gran Depresión de los años 1930 representó un desafío fundamental para la teoría neoclásica. A pesar de su énfasis en los mercados autorregulados y el equilibrio natural, la teoría no pudo proporcionar una explicación satisfactoria ni una solución efectiva para el desempleo masivo y la contracción económica severa. John Maynard Keynes fue uno de los críticos más influyentes en este aspecto, argumentando que “la teoría clásica no ofrece ninguna explicación satisfactoria del desempleo involuntario y las fluctuaciones cíclicas” (Keynes, 1936, cap. 2).

Otra de las críticas más significativas a la teoría neoclásica se centra en sus supuestos de racionalidad y maximización. Sin embargo, Herbert Simon, en su teoría sobre “bounded rationality”, argumenta que “los seres humanos se enfrentan a limitaciones cognitivas y a información incompleta, lo que les impide tomar decisiones perfectamente racionales” (Simon, 1957). Esto es, siempre estamos sesgados en la interpretación que hacemos de la realidad, ya sea por la información más o menos completa de que dispongamos o las capacidades que tengamos para interpretar esa información.

En general, se critica la falta de realismo en muchos modelos neoclásicos, que a menudo simplifican en exceso las complejidades de la economía real. Paul Krugman señaló que “los modelos económicos neoclásicos a veces sacrifican la realidad por la elegancia matemática, lo que puede llevar a conclusiones erróneas sobre la economía

real” (Krugman, 1994). Esta crítica subraya la necesidad de desarrollar modelos económicos más representativos de las condiciones y comportamientos observados en la práctica.

2. JOHN MAYNARD KEYNES Y LA REVOLUCIÓN KEYNESIANA

2.1. Contexto histórico y orígenes de la teoría keynesiana

2.1.1. La Gran Depresión y el desafío a la teoría neoclásica

La Gran Depresión, que se extendió desde 1929 hasta finales de la década de 1930, fue una de las crisis económicas más severas y prolongadas de la historia moderna. Sus efectos devastadores afectaron a millones de personas y remodelaron las estructuras económicas y políticas de numerosas naciones.

La Gran Depresión tuvo múltiples causas interrelacionadas, que pueden remontarse a la década de 1920, conocida como los Felices Años Veinte. Durante esta época, Estados Unidos experimentó un crecimiento económico sin precedentes, caracterizado por un aumento en la producción industrial y debilidades estructurales, tales como la especulación desenfrenada en los mercados financieros, el crédito fácil y una distribución desigual de la riqueza tanto a nivel individual como entre sectores.

El colapso del mercado de valores de Estados Unidos en octubre de 1929, conocido como el Martes Negro, fue el desencadenante inmediato de la Gran Depresión. Se produjo la caída abrupta de los precios de las acciones, lo que llevó a una pérdida masiva de riqueza y confianza. John Kenneth Galbraith, economista y asesor de varios presidentes estadounidenses, argumentó que “la quiebra del mercado de valores fue un reflejo de las profundas debilidades estructurales y la excesiva especulación que habían plagado la economía” (Galbraith, 1955).

Las consecuencias del colapso del mercado bursátil se propagaron a las economías de Estados Unidos, Europa y otras partes del mundo: el impacto fue profundo y generalizado. El Producto Interior Bruto de Estados Unidos se contrajo y la tasa de desempleo superó valores nunca vistos. Además, la caída de la demanda llevó a una deflación generalizada, exacerbando la crisis económica. El economista Milton Friedman y Anna Schwartz, en su obra *A Monetary History of the United States, 1867-1960*, sostienen que “la contracción del dinero fue un factor clave que intensificó la severidad de la depresión” (Friedman y Schwartz, 1963).

Muchos gobiernos respondieron inicialmente a esta gran crisis de manera inadecuada y a menudo empeoraron la situación, así lo determina Peter Temin en su obra *Lessons from the Great Depression* (1989). En los primeros años de la Gran Depresión, el gobierno federal de los Estados Unidos adoptó medidas basadas en el

enfoque neoclásico, que enfatizaban la importancia de equilibrar el presupuesto federal y mantener la confianza en la estabilidad fiscal en lugar de estimular la demanda y resultó contraproducente. Se trataban de políticas de austeridad, reducción de gasto público y aumento de impuestos. Según Temin, la falta de intervención gubernamental expansiva y la insistencia en mantener austeridad fiscal, basadas en la ortodoxia económica, agravaron el colapso de la demanda, prolongando y profundizando la crisis.

La teoría neoclásica enfatizaba el equilibrio de los mercados y la eficiencia de las asignaciones de recursos a través de la competencia perfecta. Sin embargo, la Gran Depresión puso en juicio la capacidad de este enfoque para explicar y resolver la profunda crisis económica que se estaba desarrollando.

En primer lugar, dicha teoría postulaba que el desempleo sería temporal y se resolvería mediante una reducción de salarios que llevaría a un aumento en la demanda de trabajo. No obstante, según datos del Federal Reserve Bank of St. Louis, el desempleo en Estados Unidos alcanzó niveles extremadamente altos, superando el 25% durante la Gran Depresión (St. Louis Fed, 2023) y una reducción significativa de salarios no llevó a la recuperación del empleo. Esto evidenció que el desempleo podía ser un fenómeno prolongado y no meramente un problema temporal solucionable con ajustes salariales, mostrando que no se ajustaba de manera fluida y automática como se había supuesto.

Se suponía la autorregulación de la economía a través de la oferta y la demanda. Pero, como señala Kindleberger en *The World in Depression: 1929-1939* (1973), en ningún momento la caída de la demanda agregada fue compensada por una recuperación automática de la oferta. La inversión empresarial y el consumo cayeron drásticamente y el ajuste automático esperado en la economía no ocurrió. La falta de recuperación en la demanda agregada y la incapacidad de la oferta mostraron las limitaciones del modelo neoclásico. Además, este autor afirma que se tendía a minimizar el impacto de la oferta monetaria en la economía, considerando que los cambios en ella no tenían un efecto a corto plazo. Pero la contracción de la oferta monetaria por parte de la Reserva Federal exacerbó la crisis económica, profundizando la recesión.

Por último, es destacable el supuesto de la flexibilidad de los precios y salarios y su ajuste automático para restaurar el equilibrio económico. A pesar de ello, no se ajustaron a la baja de manera efectiva y esto contribuyó a la prolongación de la recesión.

Así, tras exponer las limitaciones de la teoría neoclásica, se constata que esta no era capaz de abordar la realidad económica. Lionel Robbins, quien inicialmente defendía firmemente la teoría neoclásica, reconoció la incapacidad de esta escuela de pensamiento para enfrentar la crisis económica. En su obra *The Great Depression*, Robbins afirma lo siguiente: “Las doctrinas neoclásicas demostraron ser insuficientes para proporcionar una guía efectiva en la formulación de políticas económicas durante una depresión profunda” (Robbins, 1934).

La incapacidad del Neoclasicismo para ofrecer soluciones efectivas llevó a la búsqueda de nuevas teorías que pudieran explicar mejor los fenómenos observados durante la Gran Depresión. Esto culminó en el surgimiento de la economía keynesiana, propuesta por John Maynard Keynes.

2.1.2. John Maynard Keynes y la teoría general

John Maynard Keynes nació el 5 de junio de 1883 en Cambridge, Inglaterra. Nació en una familia acomodada y se educó en el Eton College y más tarde en el King's College, Cambridge, donde estudió matemáticas y se interesó por la economía bajo la tutela de Alfred Marshall y Arthur Pigou.

Durante la Primera Guerra Mundial, Keynes trabajó en el gobierno británico y participó en la delegación británica en la Conferencia de Paz de París en 1919. Fue muy crítico con las reparaciones impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles, argumentando en su libro *The Economic Consequences of the Peace* (1919) que estas llevarían a una inestabilidad económica y política en Europa.

En 1921, publicó *A Treatise on Probability*, un trabajo significativo en el campo de la estadística y la teoría de la probabilidad. Años más tarde, en 1930, publicó *A Treatise on Money*, una obra en dos volúmenes en la que investigó la naturaleza del dinero y los mecanismos del sistema monetario. Argumentó que la demanda y la oferta de dinero afectan significativamente la economía, y adelantó muchas ideas que posteriormente desarrollaría en su obra más influyente que en seguida será tratada.

El punto culminante de la carrera de Keynes llegó con la publicación de *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (1936). Su obra marcó un hito en la historia del pensamiento. Para comprender el impacto es crucial tener en cuenta el contexto de la Gran Depresión, porque Keynes revolucionó la manera en que los economistas y los políticos entendían el funcionamiento de la economía. Este trabajo

estableció las bases de la macroeconomía moderna y proporcionó un marco teórico que desafió y reemplazó las ideas del liberalismo económico clásico, la teoría neoclásica.

Robert Skidelsky, en su biografía *Keynes: The Return of the Master* (2009), escribe: “Keynes no solo fue un brillante teórico económico, sino también un hombre de acción cuyo trabajo y visión ayudaron a moldear las políticas económicas del siglo XX” (Skidelsky, 2009, p.123).

2.2. Principios fundamentales del Keynesianismo. La Teoría General del Empleo, el Interés y el Dinero

En su influyente obra *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (1936), John Maynard Keynes expone una serie de principios fundamentales que han configurado la política económica moderna.

Keynes fue crítico en su obra con la visión de la teoría neoclásica, que dominaba el pensamiento económico de la época y se basaba en la idea de que los mercados son autorregulados y siempre tienden hacia el pleno empleo. Esta visión, que se apoyaba en la Ley de Say, postulaba, como ya se ha señalado, que “la oferta crea su propia demanda”. Según los economistas clásicos, cualquier exceso de oferta en un mercado provocaría una caída de los precios, lo que eventualmente equilibraría la oferta y la demanda.

Un pilar central del Keynesianismo es la noción de que la demanda agregada, compuesta por el consumo, la inversión, el gasto público y las exportaciones netas, es el principal motor de la economía. La fluctuación de esta demanda determina el nivel de producción y empleo en una economía.

Keynes, en su principal obra, argumentó que la economía no siempre se ajusta automáticamente al pleno empleo y que la demanda agregada, el total de gasto en bienes y servicios en una economía, es el factor crucial que determina el nivel de actividad económica. Según Keynes, en situaciones de crisis la demanda agregada puede ser insuficiente para asegurar el pleno empleo, lo que lleva a un desempleo involuntario. “El desempleo involuntario puede persistir debido a la insuficiencia de demanda agregada” (Keynes, 1936, Capítulo 3).

Otro postulado clave del Keynesianismo, por no decir el más importante en el área política, es la necesidad de la intervención estatal en la economía. Keynes se aleja del concepto de los clásicos del *laissez faire* y sostiene que el gobierno debe actuar para

estabilizar la economía, especialmente en tiempos de recesión. La política fiscal, que incluye el gasto público y la política impositiva, es una herramienta clave. Como afirma Keynes en su obra, “El gasto público puede actuar como un medio para aumentar la demanda efectiva y, por lo tanto, el empleo” (Keynes, 1936, Capítulo 10). Esto incluye inversiones en infraestructuras, educación y salud, que no solo proporcionan empleo directamente, sino que también aumentan la demanda de bienes y servicios en la economía.

El gasto público juega un papel crucial en la estabilización económica. Durante los períodos de baja demanda agregada, el gobierno puede aumentar su gasto para compensar la disminución del gasto privado. “El efecto del aumento del gasto público es amplificado por el multiplicador de la renta, ya que cada aumento del gasto público incrementa la renta nacional en una cantidad mayor que el propio gasto” (Keynes, 1936, Capítulo 10). Esta idea se vincula directamente con el concepto del multiplicador keynesiano.

El multiplicador keynesiano es un concepto que ilustra cómo un cambio inicial en el gasto puede tener un efecto multiplicado en la economía total. Por ejemplo, si el gobierno gasta en inversión en infraestructuras, como puede ser la construcción de una carretera, esto no solo proporciona empleo a los trabajadores de la construcción, sino que esos trabajadores, a su vez, gastan sus salarios en otros bienes y servicios, generando más ingresos y empleo en otros sectores. Keynes describe este fenómeno: “El aumento inicial del gasto se traduce en un aumento del ingreso nacional que es mayor que el aumento del gasto inicial debido al efecto multiplicador” (Keynes, 1936, Capítulo 10). Este efecto multiplicador es fundamental para entender cómo la política fiscal estimula la demanda y puede ser utilizada en las fases recesivas.

Keynes argumenta que la inversión privada es inherentemente inestable debido a las fluctuaciones en las expectativas empresariales y la incertidumbre sobre el futuro. Esta inestabilidad puede llevar a ciclos de auge y recesión. “Las expectativas empresariales están sujetas a incertidumbre y fluctuaciones, lo que lleva a una inestabilidad inherente en las decisiones de inversión” (Keynes, 1936, Capítulo 12). Esta incertidumbre puede hacer que la inversión privada sea volátil, exacerbando las fluctuaciones económicas.

La preferencia por la liquidez es otro concepto clave en el pensamiento de Keynes. En tiempos de incertidumbre, los individuos y las empresas prefieren mantener dinero líquido en lugar de invertirlo, lo que puede llevar a tasas de interés elevadas y reducir la inversión. Este fenómeno puede dificultar la recuperación económica, ya que la inversión es crucial para el crecimiento y el empleo.

En el capítulo 19 de la obra, Keynes discute la rigidez de los salarios y precios. Y sostiene, desafiando una de las premisas de la doctrina neoclásica, que los precios y los salarios no son completamente flexibles a la baja, lo que puede impedir que los mercados se ajusten rápidamente a los cambios en la demanda. Esta rigidez puede llevar a desempleo y a la infrautilización de los recursos. Keynes señala: “Hay, por tanto, un límite a la cantidad en que los salarios nominales pueden ser reducidos; y esta rigidez relativa de los salarios nominales es un hecho bien conocido, aunque a menudo ignorado en la teoría económica” (Keynes, 1936, Capítulo 19). De este modo, Keynes justifica que la rigidez hace necesaria la intervención del gobierno para sostener el nivel de demanda.

La paradoja del ahorro es otro concepto importante en el Keynesianismo. Según Keynes, un aumento en la propensión a ahorrar puede reducir la demanda agregada, ya que el dinero ahorrado no se gasta en bienes y servicios, lo que puede llevar a una caída en la producción y el empleo. “Si todos intentan ahorrar más, la demanda agregada disminuirá, lo que puede llevar a una caída en el ingreso nacional y, en última instancia, a una menor cantidad de ahorro” (Keynes, 1936, Capítulo 21).

Un concepto relacionado con la paradoja del ahorro es la paradoja de la frugalidad. Keynes argumenta que, en tiempos de recesión, los intentos individuales de aumentar el ahorro pueden resultar contraproducentes para la economía en su conjunto. Cuando las personas y las empresas reducen su gasto para ahorrar más, la demanda agregada disminuye, lo que puede llevar a una caída en la producción y el empleo. Keynes explica: “La mayor propensión a ahorrar afecta el nivel de empleo no favorablemente sino adversamente. Esto se debe a que, en general, cuando hay un aumento de la propensión a ahorrar, el nivel de ingreso y el nivel de empleo caerán hasta que se haya reducido el nivel de ahorro correspondiente al nuevo volumen de ingresos y empleo” (Keynes, 1936, Capítulo 23). Esta paradoja resalta la importancia de mantener un nivel adecuado de gasto en la economía para evitar caídas profundas en la producción y el empleo.

Aunque Keynes reconoce la importancia de la política monetaria, es decir, el control de la oferta de dinero y las tasas de interés, también señala sus limitaciones, especialmente lo que él denomina como trampa de liquidez. En una situación donde las tasas de interés están cerca de cero, la política monetaria puede ser ineficaz para estimular la economía. Keynes afirma “En una trampa de liquidez, la política monetaria se vuelve impotente, y se necesita una política fiscal activa para estimular la economía” (Keynes, 1936, Capítulo 15). Esta observación ha sido posteriormente fundamental en el debate sobre la efectividad de diferentes tipos de políticas económicas.

Las expectativas y la psicología del mercado, que se refieren a la confianza del consumidor, juegan un papel crucial en la economía. Pueden influir fuertemente en las decisiones de inversión y gasto. Keynes introduce el concepto de “animal spirits” para describir cómo los sentimientos y las emociones humanas pueden influir en la economía. Keynes señala: “La mayor parte de nuestras decisiones de hacer algo positivo, cuyas consecuencias completas se extienden a lo largo de muchos días por venir, solo pueden tomarse como resultado de los *animal spirits*, una espontánea urgencia de la acción en lugar de la inacción, y no como el resultado de una media ponderada de beneficios cuantitativos multiplicados por probabilidades cuantitativas” (Keynes, 1936, Capítulo 12).

Este enfoque psicológico ha sido fundamental para entender las fluctuaciones económicas y las crisis financieras. La incertidumbre y las fluctuaciones en la confianza empresarial pueden llevar a cambios abruptos en la inversión y el consumo, lo que a su vez afecta la demanda agregada y la estabilidad económica.

Tomando como referencia a Alessandro Roncaglia, historiador del pensamiento económico y su obra *La riqueza de las ideas: una historia del pensamiento económico* (2006), los economistas neoclásicos veían a los individuos como “animales racionales”, que toman decisiones basadas en cálculos racionales y en su propio interés, lo que se refleja en el concepto de “homo economicus”. Este enfoque describe a los agentes económicos como racionales y orientados a maximizar su utilidad personal bajo condiciones óptimas. Esta perspectiva asume que las decisiones económicas son siempre el resultado de una evaluación lógica y objetiva de la información disponible. En contraste, Keynes argumenta que los seres humanos no son siempre racionales en el sentido clásico. Introduce el concepto de “animal spirits” para describir las decisiones económicas impulsadas por instintos, emociones y la confianza. Esta diferencia subraya

la importancia de la psicología en la economía keynesiana, una perspectiva que desafía la visión puramente racional de los clásicos.

Otra idea clásica que Keynes desafió fue el ajuste automático de los mercados laborales para asegurar el pleno empleo. Argumentó que es posible que exista desempleo involuntario debido a la insuficiencia de la demanda agregada. En una economía donde la demanda agregada es insuficiente, las empresas no tendrán incentivos para contratar a todos los trabajadores disponibles. “El desempleo involuntario puede ser causado por una insuficiencia de la demanda agregada en la economía que lleva a un número mayor de trabajadores dispuestos a trabajar que el número de empleos disponibles a los salarios vigentes” (Keynes, 1936, Capítulo 2). Esta idea subraya la necesidad de políticas activas para aumentar la demanda agregada y reducir el desempleo.

Un concepto muy importante del Keynesianismo es la denominada “función de consumo keynesiana”, que postula que el consumo total en una economía está relacionado con el ingreso disponible de los individuos. Según Keynes, existe una propensión marginal a consumir (PMC), que es la fracción del ingreso adicional que los individuos gastan en consumo.

El consumo total en la economía se puede expresar como una función lineal del ingreso disponible, donde el consumo total C es igual al consumo autónomo C_0 más la propensión marginal a consumir c multiplicada por el ingreso disponible Y_d .

$$C = C_0 + cY_d$$

La propensión marginal a consumir (PMC) c es la fracción del ingreso adicional que se destina al consumo. “La propensión marginal a consumir es una de las principales determinantes del consumo total y el aumento en el consumo con respecto al ingreso es una característica fundamental de la economía” (Keynes, 1936, Capítulo 8).

$$PMC = \frac{\Delta C}{\Delta Y_d}$$

Este concepto es fundamental para el análisis keynesiano de cómo los cambios en el ingreso afectan la demanda agregada y, por ende, la economía en general.

El Keynesianismo resalta la importancia de la demanda agregada, la intervención estatal y el gasto público como mecanismos esenciales para estabilizar la economía y lograr el pleno empleo. Keynes argumenta que los mercados, por sí solos, no siempre se

autorregulan de manera eficaz, especialmente en tiempos de crisis, y que la intervención gubernamental se vuelve crucial para mantener el equilibrio económico. Su teoría subraya la necesidad de políticas activas para gestionar las fluctuaciones económicas y enfrentar las crisis, proporcionando un marco teórico que ha influido profundamente en la política económica moderna.

Economistas contemporáneos como Paul Krugman y Joseph Stiglitz han continuado desarrollando y defendiendo las ideas keynesianas en contextos actuales. Krugman destaca que “la mejor estrategia para reducir la deuda a largo plazo no es centrarse en la austeridad durante las recesiones, sino en promover el crecimiento económico” (Krugman, 2009). Mientras tanto, Stiglitz ha enfatizado la necesidad de una intervención estatal para corregir las fallas del mercado y fomentar una distribución más equitativa de la riqueza (Stiglitz, 2012). Estas contribuciones contemporáneas reafirman la relevancia y adaptabilidad del pensamiento keynesiano en la economía moderna.

2.3. El impacto en la política económica

Los principios de la doctrina de Keynes, denominada “Keynesianismo”, han tenido un impacto muy significativo en la política económica mundial. Estos principios desafiaron la ortodoxia de su tiempo e inspiraron nuevas formas de enfrentar las crisis económicas y de entender la economía. Al proponer la intervención activa del Estado en la economía a través del gasto público y las políticas fiscales expansivas, el Keynesianismo ofreció soluciones innovadoras para reducir el desempleo y estimular el crecimiento económico, especialmente en tiempos de recesión.

Este impacto se observa claramente en la primera mitad del siglo XX, especialmente durante la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. Se adoptaron políticas keynesianas: se implementaron políticas económicas expansivas y se intensificó la intervención estatal.

2.3.1. Cambio en la política económica de Estados Unidos

El colapso financiero y el aumento del desempleo impulsaron al recién electo presidente Franklin D. Roosevelt a implementar una serie de reformas y programas conocidos como el New Deal. Estas medidas se inspiraron en las teorías de John Maynard Keynes, quien defendía la intervención estatal para estimular la demanda agregada y reducir los efectos de las recesiones.

Según Keynes (1936), “la propensión marginal a consumir desempeña un papel crucial en la determinación del nivel de ingresos y empleo” (Keynes, 1936, Capítulo 8). Esta idea contrastaba con la doctrina económica clásica que abogaba por el libre mercado y la no intervención del Estado. La solución planteada por el economista británico en *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (1936) era que el gobierno debía intervenir mediante políticas fiscales expansivas para estimular la economía.

Roosevelt y su equipo de asesores económicos adoptaron muchos de estos principios para el diseño del New Deal, el cual se desarrolló en dos fases. La primera acción se implementó en 1933 con la Ley de Emergencia Bancaria, que permitió la reorganización y reapertura de bancos solventes bajo la supervisión del gobierno, ayudando así a restaurar la confianza y estabilidad del sistema financiero y sector bancario.

El Programa de Obras Públicas (*Public Works Administration*, PWA) y la Administración de Progreso de Obras (*Works Progress Administration*, WPA) fueron iniciativas clave que buscaban reducir el desempleo mediante la creación de empleo en proyectos de infraestructura. (Espasa, 2020; Kindleberger, 1985)

Estas políticas, que emplearon a millones de personas, eran consistentes con la recomendación de Keynes de utilizar el gasto público para estimular la economía y aumentar la demanda agregada. Como afirma Keynes, “la inversión pública puede tener un efecto multiplicador significativo en la economía, incrementando el ingreso total y el empleo” (Keynes, 1936, Capítulo 10).

En 1935, ya en la segunda fase del New Deal, se incluyó una medida muy importante, la Ley de la Seguridad Social, que estableció un sistema de pensiones y seguros de desempleo. Esta medida no solo proporcionó una red de seguridad para los ciudadanos, sino que también contribuyó a mantener la demanda agregada al asegurar que los individuos tuvieran ingresos durante los períodos de desempleo. La Seguridad Social representaba una forma de redistribución de ingresos que Keynes consideraba esencial para reducir las desigualdades y estabilizar la economía a largo plazo.

La política fiscal expansiva fue un componente central del New Deal. El gobierno federal incrementó significativamente su gasto en una variedad de programas y proyectos públicos. Entre 1933 y 1939, el gasto público aumentó en un esfuerzo por

compensar la caída de la inversión privada. Según datos del gobierno, el gasto federal casi se triplicó durante este período, lo que demuestra el compromiso de Roosevelt con la intervención estatal como mecanismo para estimular la economía (U.S. Bureau of Economic Analysis, 2021). El déficit presupuestario se utilizó estratégicamente para financiar estos programas sin necesidad de aumentos inmediatos en los impuestos.

El impacto de las políticas del New Deal fue significativo, aunque no inmediato. Según el historiador económico Charles Kindleberger, “el New Deal marcó el comienzo de un cambio fundamental en la relación entre el gobierno y la economía en Estados Unidos” (Kindleberger, 1973, p. 206). La intervención del gobierno en la economía se convirtió en una práctica aceptada y estableció precedentes para futuras políticas económicas.

Además de las reformas económicas, el New Deal incluyó iniciativas para regular el mercado laboral y los derechos de los trabajadores. La Ley Nacional de Relaciones Laborales de 1935 fortaleció los derechos de los trabajadores para organizarse y negociar colectivamente, lo que contribuyó a mejorar las condiciones laborales y los salarios. Esta ley reflejaba la influencia de las ideas keynesianas al reconocer la importancia de una fuerza laboral fuerte y bien remunerada para sostener la demanda agregada.

Sin embargo, las políticas del New Deal no estuvieron exentas de críticas. Algunos economistas de la época, como Friedrich Hayek, argumentaban que la intervención del Estado socavaba la libertad económica y podía llevar a una expansión excesiva del poder gubernamental. Hayek sostenía que “la planificación económica centralizada conduce inevitablemente a la pérdida de libertades individuales” (Hayek, 1944, p. 91). A pesar de estas críticas, las medidas keynesianas adoptadas bajo el New Deal demostraron ser efectivas en mitigar los efectos más devastadores de la Gran Depresión y sentaron las bases para un mayor activismo estatal en la economía.

2.3.2. Reformas monetarias

Las políticas monetarias expansivas y la regulación financiera fueron componentes cruciales del enfoque keynesiano para enfrentar las crisis económicas. Estas políticas buscaron aumentar la liquidez en la economía y estabilizar el sistema financiero.

Tomando como referencia para este epígrafe la obra *Historia del New Deal: Conflicto y reforma durante la Gran Depresión* (2020), según Andreu Espasa, uno de los primeros pasos fue la implementación de la Ley de la Reserva Federal de 1933, que permitió una mayor flexibilidad en la política monetaria. Esta ley otorgó a la Reserva Federal el poder de regular la oferta monetaria y las tasas de interés, herramientas clave para influir en la actividad económica.

La política monetaria expansiva se centró en reducir las tasas de interés para estimular el gasto y la inversión. Al bajar las tasas de interés, se redujo el costo del crédito, lo que incentivó a las empresas a invertir y a los consumidores a gastar. Según Keynes (1936), “una reducción en la tasa de interés puede estimular la inversión y, por ende, aumentar el empleo y el ingreso” (Keynes, 1936, Capítulo 15).

Además, se implementaron medidas para garantizar la estabilidad del sistema financiero. La creación de la Corporación Federal de Seguros de Depósitos (FDIC) en 1933 fue un paso crucial en este sentido. La FDIC aseguraba los depósitos bancarios, lo que ayudó a restaurar la confianza en el sistema bancario y a prevenir retiradas masivas de depósitos.

La regulación financiera también se fortaleció con la Ley Glass-Steagall de 1933, que separó las actividades bancarias comerciales y de inversión. Esta medida buscaba reducir el riesgo sistémico y prevenir futuras crisis financieras al limitar las actividades especulativas de los bancos comerciales.

En conjunto, las políticas monetarias expansivas y las reformas regulatorias implementadas durante el New Deal reflejaron una aplicación práctica de las ideas keynesianas para enfrentar la crisis económica. Estas medidas ayudaron a estabilizar el sistema financiero, incrementar la demanda agregada y sentar las bases para un crecimiento económico sostenido.

3. EL LEGADO DE KEYNES

3.1. La era keynesiana

3.1.1. El dominio del pensamiento keynesiano

El período posterior a la Segunda Guerra Mundial es considerado por muchos como la Edad de Oro del Keynesianismo, sobre todo en la política económica del mundo occidental. La influencia de John Maynard Keynes, con su obra fundamental *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (1936), estableció las bases para lo que se conoce como “Era Keynesiana”. Este economista no solo reconfiguró el papel del Estado en la economía, sino que también estableció un nuevo paradigma en el que la intervención activa del gobierno se consideraba esencial para garantizar el pleno empleo y mitigar los efectos adversos de los ciclos económicos.

Keynes sostenía que la economía de mercado, sin la intervención adecuada, tendía a fallar en la generación de empleo y estabilidad. Su enfoque se centraba en la demanda agregada como motor principal de la actividad económica, argumentando que “el nivel de empleo depende de la capacidad de la demanda efectiva para generar una demanda de trabajo” (1936). Esta perspectiva fue fundamental en la construcción del llamado “consenso keynesiano”, donde el intervencionismo estatal se convirtió en la norma para la mayoría de los gobiernos occidentales durante las décadas posteriores a la guerra.

Este epígrafe se basa principalmente en el análisis presentado por Nicholas Wapshott en su libro *Keynes vs Hayek: The Clash that Defined Modern Economics* (2011). Wapshott subraya la trascendencia de la revolución keynesiana al señalar que “Keynes se adentró más adelante en un terreno que iba a guiar el pensamiento de los aliados victoriosos que intentaban restaurar la economía mundial tras la devastación provocada por la segunda guerra mundial.” (Wapshott, 2011, p. 112).

La implementación práctica de las políticas keynesianas se tradujo en programas como el ya nombrado New Deal en Estados Unidos y el Plan Marshall en Europa, ambos ejemplos claros de cómo las ideas de Keynes moldearon las estrategias para la recuperación económica. En particular, Richard Koo en su libro *The Holy Grail of Macroeconomics: Lessons from Japan's Great Recession* (2008) sostiene que el Plan Marshall jugó un papel crucial en el restablecimiento de la economía europea y en la consolidación de las ideas keynesianas en la política económica mundial.

3.1.2. El contexto económico y político

Las políticas keynesianas fomentaron un período de crecimiento sostenido y estabilidad económica en el mundo occidental, comúnmente conocido en Europa como “los treinta gloriosos” (1945-1975). Durante este tiempo, la intervención estatal se consideró esencial para asegurar el pleno empleo y controlar las fluctuaciones de los ciclos económicos.

Wapshott destaca la importancia que Keynes atribuía a controlar estas fluctuaciones económicas. Las fluctuaciones del ciclo económico son un elemento central en su análisis y se refieren a las variaciones recurrentes en la actividad económica a lo largo del tiempo, que se manifiestan en periodos alternados de expansión (crecimiento económico, aumento del empleo) y contracción (recesión, disminución del empleo), eran, según Keynes, una característica inherente de las economías capitalistas. La inestabilidad de la demanda agregada, en particular la inversión privada, que es altamente volátil debido a los cambios en las expectativas empresariales, podía llevar a ciclos de auge y caída.

Por lo tanto, el control de estas fluctuaciones era crucial para garantizar la estabilidad económica. Los gobiernos occidentales, aprendiendo de los desastres económicos del pasado, adoptaron políticas keynesianas con la convicción de que el Estado tenía la capacidad y la responsabilidad de gestionar la economía para evitar crisis similares a la Gran Depresión.

Sin embargo, los éxitos iniciales de las políticas keynesianas pronto dieron paso a nuevos desafíos. En la década de 1970, la estanflación, una combinación de alta inflación y estancamiento económico, puso a prueba la eficacia de las teorías keynesianas tradicionales. “El bajo o nulo crecimiento económico fue acompañado de inflación en una combinación hasta entonces considerada imposible, denominada estanflación. La era de Keynes estaba agonizando. Había llegado la era de la estanflación” (Wapshott, 2011, p.197).

Este episodio marcó el inicio de una reevaluación crítica de las políticas keynesianas y un resurgimiento de las ideas liberales promovidas por Friedrich Hayek, que abogaban por un menor intervencionismo estatal y una mayor confianza en las fuerzas del mercado.

3.1.3. Evolución del Keynesianismo: contribuciones

El surgimiento de críticos cada vez más fuertes, como fueron Hayek y Friedman, del Keynesianismo no supuso su abandono total. Por el contrario, esto dio paso a nuevas interpretaciones y desarrollos teóricos que intentaron integrar y expandir sus postulados, dando origen a lo que se conoce como el Neokeynesianismo. Este nuevo enfoque buscó fusionar elementos de las críticas monetaristas y de la nueva economía clásica con las ideas originales de Keynes, proponiendo marcos más robustos para enfrentar las complejidades del entorno económico.

Uno de los desarrollos más significativos algo anteriores a este contexto fue el Modelo IS-LM, propuesto por John Hicks en 1937, que sintetizó las ideas keynesianas con el marco neoclásico. Este modelo, que representa el equilibrio simultáneo en el mercado de bienes y en el mercado de dinero, se convirtió en una herramienta fundamental para el análisis macroeconómico durante las décadas siguientes. Hicks utilizó este modelo para explicar cómo las políticas fiscales y monetarias podían influir en el nivel de actividad económica, integrando así los efectos de la demanda agregada con la política monetaria. El modelo IS-LM permitió formalizar la visión keynesiana, facilitando su enseñanza y aplicación en las políticas económicas, aunque también introdujo un marco que algunos críticos consideraron como una simplificación excesiva de las ideas de Keynes.

Por otro lado, Robert Solow, en su modelo de crecimiento exógeno desarrollado en los años 50, proporcionó un enfoque para entender las fuentes del crecimiento económico a largo plazo, diferenciando claramente entre los efectos de corto y largo plazo que Keynes no abordó completamente. En su artículo *Growth Theory: An Exposition* (1970), Solow afirmó que “los mercados no siempre se ajustan de manera inmediata, y las rigideces en precios y salarios pueden justificar la intervención del gobierno para estabilizar la economía” (Solow, 1970). Su modelo destacó la importancia del progreso tecnológico como el principal motor del crecimiento económico, relegando el impacto de las políticas fiscales y monetarias a efectos transitorios. Esta visión, aunque se aparta del Keynesianismo clásico, ayudó a integrar y a hacer más compleja la teoría keynesiana, dando lugar a una interpretación más rica que considera tanto los factores de oferta como los de demanda en la economía.

Finalmente, el Neokeynesianismo, liderado por economistas como Paul Samuelson, Robert Solow y John Hicks, trató de reconciliar las ideas de Keynes con los desarrollos contemporáneos de la economía, particularmente incorporando las expectativas y las rigideces nominales. Estos economistas revisaron y ampliaron las ideas de Keynes, integrando conceptos como las expectativas racionales y la curva de Phillips para explicar por qué los precios y salarios no se ajustaban instantáneamente, justificando así la intervención estatal a corto plazo para estabilizar la economía. Este enfoque neokeynesiano trató de salvar el legado de Keynes, adaptándolo a las nuevas realidades y críticas del entorno económico, y manteniendo la relevancia de sus ideas en un mundo económico en constante cambio.

La crisis de estanflación de los años 70, caracterizada por la inédita combinación de alta inflación y estancamiento económico, puso en evidencia las limitaciones de las políticas keynesianas tradicionales.

Este período marcó un punto de inflexión en la teoría económica, donde el Keynesianismo fue cuestionado tanto por sus críticos tradicionales como por la realidad económica, que evidenció sus limitaciones en contextos de oferta restringida y choques externos. Esta situación también incentivó el desarrollo de nuevas teorías y modelos que buscaban integrar y mejorar sus postulados. La obra de Hicks y Solow fue crucial en este proceso, proporcionando marcos teóricos que permitieron una mejor comprensión de las dinámicas económicas y las posibles respuestas de política económica en un contexto global cada vez más complejo y dinámico.

3.2. Críticas al Keynesianismo

3.2.1. El debate Keynes vs Hayek: contraste de visiones

El enfrentamiento intelectual entre John Maynard Keynes y Friedrich Hayek es uno de los debates más significativos en la historia del pensamiento económico. Este choque de opiniones no solo representó una divergencia en la gestión económica, sino que reflejó visiones profundamente distintas sobre el papel del Estado en la sociedad y la naturaleza de la libertad en un mundo moderno. Mientras Keynes proponía la intervención estatal como solución a las fallas del mercado, Hayek defendía la libertad individual y la autorregulación del mercado como pilares fundamentales de una economía próspera.

El conflicto ideológico entre Keynes y Hayek fue forjado durante los primeros años del siglo XX, en un contexto de cambios sociales y económicos profundos. Según Nicholas Wapshott en su libro *Keynes vs Hayek: The Clash that Defined Modern Economics* (2011), las raíces de esta confrontación se remontan a la década de 1920. Aunque ambos economistas compartían un entorno académico similar, sus enfoques divergentes hacia la economía y el papel del Estado se manifestaron tempranamente, marcando el inicio de una de las disputas intelectuales más influyentes del siglo.

John Maynard Keynes emergió como uno de los principales críticos de las teorías económicas clásicas con su obra *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (1936). En ella, argumentó que el remedio para la depresión económica no reside en la abstención de los inversores, sino en el estímulo del gasto público (Keynes, 1936). Según Keynes, la clave para mitigar las fluctuaciones del ciclo económico y promover el empleo pleno radica en la intervención activa del Estado, en lugar de dejar que el mercado se autorregule por sí mismo. En la posguerra, las enseñanzas de Keynes se convirtieron en el sentido común de la política económica. Casi todos los países occidentales adoptaron algún tipo de intervencionismo estatal inspirado en sus ideas (Samuelson, 1980).

La propuesta keynesiana de intervención estatal contrastaba fuertemente con la visión de Friedrich Hayek, un economista austríaco y uno de los principales exponentes de la Escuela Austriaca de Economía. Hayek creía firmemente en la capacidad del libre mercado para coordinar las decisiones económicas de millones de individuos, cada uno con sus propias preferencias y conocimientos dispersos. En su obra *Prices and Production* (1931), Hayek argumentó que las intervenciones del gobierno en los mercados generan distorsiones en la estructura de precios, lo que conduce a ciclos económicos insostenibles (Hayek, 1931, p. 15). Para Hayek, los precios en un mercado libre actúan como señales que transmiten información crucial sobre la escasez y la demanda de bienes y servicios, permitiendo así una asignación óptima de recursos. Cualquier intervención estatal, en su opinión, no solo distorsionaba estas señales, sino que también interfería con el proceso natural de coordinación económica.

El punto de vista de Hayek se articuló de manera más completa en su obra *The Road to Serfdom* (1944), donde advirtió que la planificación centralizada y la intervención estatal, si bien podrían parecer soluciones a corto plazo, inevitablemente conducirían a una pérdida de libertades individuales y a una economía ineficiente. En

sus palabras, “cada vez que el Estado intervenía en la economía, se creaba una dependencia que eventualmente llevaría a un control más amplio y destructivo, minando la base misma de la libertad individual” (Hayek, 1944). Esta afirmación subraya la preocupación central de Hayek: que el poder concentrado en manos del Estado, aunque se ejerza con buenas intenciones, inevitablemente se corrompe y se expande, limitando la libertad y la creatividad humanas (Roncaglia, 2017).

Los problemas de estanflación llevaron a una profunda reevaluación de las políticas fiscales expansivas que habían sido defendidas por Keynes.

El resurgimiento de las ideas de Hayek en la década de 1970-1980 estuvo acompañado por un cambio hacia políticas económicas neoliberales en muchas partes del mundo. Los gobiernos, influenciados por la Escuela de Chicago y economistas como Milton Friedman, comenzaron a adoptar políticas que favorecían la desregulación, la privatización y la reducción del gasto público. Según Wapshott, la estanflación fue un punto de inflexión que expuso las limitaciones del Keynesianismo, abriendo el camino para el resurgimiento de las ideas de Hayek y el desarrollo del monetarismo. (Wapshott, 2011).

3.3. Críticas y respuestas

3.3.1. Críticas de Hayek al Keynesianismo

Las críticas de Hayek al Keynesianismo fueron profundas, reflejando su preocupación por los efectos a largo plazo de la intervención estatal en la economía. Hayek argumentaba que la intervención estatal, especialmente en la forma de gasto público y manipulación monetaria, era ineficaz y peligrosa (Wapshott, 2011).

En su crítica, Hayek sostenía que las políticas keynesianas se basaban en una concepción errónea de cómo funciona la economía. Mientras que Keynes veía la economía como un sistema que podía ser gestionado mediante la manipulación de la demanda agregada, Hayek veía la economía como un proceso complejo de coordinación que dependía de la información dispersa y del conocimiento tácito que solo podía ser agregado a través del sistema de precios. “El intento de forzar el mercado mediante la intervención del Estado conduce a distorsiones que, a largo plazo, son insostenibles y dañinas para la economía” (Hayek, 1931).

Según Hayek, la teoría keynesiana subestimaba la importancia de las señales de precios y la función que estas desempeñan en la coordinación económica. Para él, la

intervención del Estado en la economía, al distorsionar los precios, interfería con la capacidad del mercado para asignar recursos de manera eficiente. Esto no solo creaba ineficiencias a corto plazo, sino que también establecía las condiciones para crisis económicas futuras.

Hayek también criticaba la idea de que el gasto público podría resolver problemas de desempleo a largo plazo. En su opinión, el desempleo era a menudo el resultado de distorsiones en el mercado laboral causadas por políticas intervencionistas, como el salario mínimo y los subsidios al desempleo, que impedían que los precios y salarios se ajustaran a las condiciones del mercado. Para Hayek, la solución no era más intervención, sino menos. “El peligro es que el control estatal de la vida económica llevará inevitablemente a la tiranía política” (Hayek, 1944).

La crítica de Hayek al Keynesianismo no se limitaba a la economía. También advertía que la expansión del poder estatal en la economía inevitablemente llevaría a una expansión del poder estatal en otras esferas de la vida. En *The Road to Serfdom* (1944), Hayek argumentó que la planificación centralizada y la intervención estatal no solo son ineficaces desde el punto de vista económico, sino también peligrosas para la libertad política. “Una vez que se permite al Estado intervenir en la economía, no hay un límite claro a lo que puede hacer. Cada intervención crea nuevas dependencias y justificaciones para más intervención” (Hayek, 1944).

3.3.2. Críticas monetaristas

El Monetarismo, liderado por Milton Friedman, emergió como una de las críticas más influyentes al Keynesianismo, especialmente durante la década de 1970. Los monetaristas, a diferencia de los keynesianos, enfatizaban el papel crucial que desempeña la oferta monetaria en la economía y argumentaban que la manipulación de la demanda agregada a través del gasto público no solo era ineficaz, sino que también era la principal causa de la inflación.

Friedman, junto con Schwartz, en su influyente obra *A Monetary History of the United States, 1867-1960* (1963), subrayó que “la inflación es siempre y en todas partes un fenómeno monetario, en el sentido de que solo es producida por un aumento más rápido de la cantidad de dinero que de la producción” (Friedman & Schwartz, 1963, p. 4). Esta declaración se convirtió en una piedra angular del pensamiento monetarista, que sostenía que la estabilidad económica dependía más del control de la oferta monetaria

que de la intervención fiscal.

Según los monetaristas, la idea keynesiana de que el gasto público podía estabilizar la economía estaba equivocada porque ignoraba el papel central de la oferta monetaria en la determinación del nivel de precios. Friedman argumentó que, cuando el gobierno intentaba estimular la economía mediante el gasto deficitario, la consecuencia inevitable era un aumento de la oferta de dinero, lo que a su vez provocaba inflación. “La inflación es un resultado directo de una política monetaria expansiva y no de un exceso de demanda en el sentido keynesiano” (Friedman, 1963, p. 112).

Los monetaristas también criticaron la política fiscal keynesiana por su tendencia a crear ciclos de auge y recesión. Según Friedman, cuando el gobierno intentaba estimular la economía durante una recesión mediante el aumento del gasto público, los efectos a corto plazo podían ser positivos, pero a largo plazo, esta política solo llevaba a una mayor inflación y, eventualmente, a otra recesión. “El intento de suavizar el ciclo económico mediante la política fiscal solo lleva a ciclos de auge y caída más pronunciados” (Friedman, 1970, p. 45).

Friedman y otros monetaristas abogaban por una política monetaria basada en reglas, en lugar de la discrecionalidad defendida por Keynes. Esto significaba que el banco central debería seguir una regla establecida para el crecimiento de la oferta monetaria, evitando así la manipulación política y las fluctuaciones económicas innecesarias. “La mejor política es aquella que se basa en reglas claras y predecibles, no en la intervención constante del gobierno en la economía” (Friedman, 1970, p. 50).

El impacto de las ideas monetaristas fue profundo, especialmente en la política económica de las décadas de 1980 y 1990. La crisis económica de los años 70, marcada por la estanflación, condujo a un rechazo generalizado de las políticas keynesianas y a una adopción más amplia de las ideas monetaristas. Wapshott señala que “la aparición del monetarismo representó un desafío directo al Keynesianismo dominante, forzando a los economistas y a los responsables de las políticas a reconsiderar la eficacia de las intervenciones fiscales” (Wapshott, 2011).

Este cambio teórico influyó en la política económica de las décadas siguientes, particularmente durante la administración de Ronald Reagan en Estados Unidos y el gobierno de Margaret Thatcher en el Reino Unido. Ambos líderes adoptaron políticas neoliberales que favorecían la reducción del gasto público, la desregulación y la

privatización, influenciados en gran medida por las ideas de Hayek y Friedman. Estas políticas se basaban en la creencia de que el mercado libre, no el Estado, era la mejor herramienta para gestionar la economía. Wapshott comenta que la década de 1980 vio un giro radical en la política económica, con las ideas de Hayek y Friedman ganando terreno y conduciendo a una era de reformas orientadas al mercado (Wapshott, 2011).

4. CONCLUSIONES

La finalidad de este trabajo es el estudio de la evolución del pensamiento económico desde la Teoría Marginalista en el siglo XIX hasta el surgimiento del Keynesianismo en el siglo XX y su legado posterior, destacando cómo estas corrientes han moldeado significativamente tanto la teoría económica como la política global. A través de este análisis, se ha observado cómo estas teorías no solo han transformado el campo académico de la economía, sino que también han tenido un impacto duradero en la práctica de las políticas económicas.

La Teoría Marginalista fue un cambio crucial que redefinió el enfoque de la economía, alejándose de la teoría clásica del valor trabajo hacia una comprensión basada en la utilidad marginal y la subjetividad del valor. Este giro paradigmático, liderado por economistas como William Stanley Jevons, Carl Menger y Léon Walras, permitió un análisis más detallado del comportamiento individual en los mercados y la formación de precios, sentando así las bases para la teoría neoclásica. La integración de los conceptos marginalistas en un marco más amplio por parte de economistas como Alfred Marshall no solo consolidó la teoría neoclásica como la corriente dominante en el pensamiento económico durante varias décadas, sino que también contribuyó a una sistematización del análisis económico, que sigue siendo fundamental en la disciplina. Marshall, en su influyente obra *Principles of Economics* (1890), introdujo herramientas analíticas como el equilibrio parcial y el concepto de elasticidad de la demanda, que permitieron un análisis más detallado de cómo los mercados determinan precios y asignan recursos.

El Neoclasicismo se basaba en la premisa de que los precios y los salarios son flexibles y se ajustan rápidamente para equilibrar la oferta y la demanda. Este enfoque resultó crucial para el desarrollo de modelos que describen el funcionamiento de los mercados bajo condiciones de competencia perfecta. Sin embargo, la teoría neoclásica mostró importantes limitaciones, especialmente cuando se enfrentó a fenómenos económicos complejos como el desempleo masivo y las fluctuaciones cíclicas, que se manifestaron de manera aguda durante la Gran Depresión. La crisis expuso que los supuestos neoclásicos de racionalidad perfecta y de flexibilidad de precios y salarios no se sostenían en la práctica. En situaciones de crisis, los precios y salarios a menudo no se ajustan de manera rápida o suficiente para restaurar el equilibrio en los mercados, lo que impide que se corrijan los desequilibrios económicos por sí mismos. Esta rigidez

estructural, que los modelos neoclásicos no habían anticipado adecuadamente, fue un factor clave en la persistencia del desempleo masivo y la prolongada contracción económica, poniendo de manifiesto las insuficiencias de la teoría neoclásica para ofrecer soluciones efectivas en contextos de crisis severas.

Fue en este contexto de crisis económica donde emergió la figura de John Maynard Keynes, cuya obra *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (1936) representó una ruptura con la ortodoxia neoclásica y ofreció una nueva forma de entender y gestionar la economía. Keynes argumentó que la economía no siempre se ajusta automáticamente al pleno empleo y que, en tiempos de recesión, la demanda agregada, compuesta por el consumo, la inversión, el gasto público y las exportaciones netas, puede ser insuficiente para mantener la actividad económica, resultando en un desempleo involuntario que persiste en el tiempo. Esta visión contradecía directamente la Ley de Say, defendida por los economistas clásicos, según la cual la oferta crea su propia demanda.

Uno de los aspectos más revolucionarios del pensamiento keynesiano fue su defensa de la intervención estatal en la economía. A diferencia de la doctrina del *laissez-faire*, Keynes sostenía que el gobierno debe actuar como un estabilizador de la economía, especialmente durante las recesiones. En su enfoque, la política fiscal expansiva, mediante el aumento del gasto público en infraestructura, educación y otros servicios, era fundamental para compensar la caída de la demanda privada y reactivar la economía. El concepto del multiplicador keynesiano ilustró cómo un aumento en el gasto público puede generar un efecto multiplicador en la economía, incrementando el ingreso nacional y reduciendo el desempleo de manera más efectiva que los ajustes automáticos del mercado.

Además, Keynes subrayó la inestabilidad inherente de la inversión privada, que está sujeta a las fluctuaciones en las expectativas empresariales y a la incertidumbre sobre el futuro. Esta inestabilidad puede llevar a ciclos de auge y recesión, exacerbando las fluctuaciones económicas. Para describir cómo las decisiones económicas a menudo están influenciadas por emociones y no solo por cálculos racionales, Keynes introdujo el concepto de “animal spirits”. Este concepto enfatiza que el comportamiento económico es, en gran medida, impulsado por factores psicológicos, lo que puede provocar volatilidad en la economía.

El legado de Keynes se consolidó en la posguerra, en un período conocido como la “Era Keynesiana”, durante el cual sus ideas dominaron la política económica en el mundo occidental. Las políticas inspiradas en el Keynesianismo fueron fundamentales para la recuperación económica en Europa y Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial. Programas como el New Deal en Estados Unidos y el Plan Marshall en Europa son ejemplos de cómo las ideas keynesianas se aplicaron para enfrentar desafíos económicos significativos, fomentando el crecimiento y el empleo a través de la intervención estatal.

Durante este periodo de estabilidad se promovió la evolución del Keynesianismo hacia lo que hoy conocemos como Neokeynesianismo. Esta nueva escuela de pensamiento, desarrollada por economistas como Paul Samuelson, John Hicks y Robert Solow, integró las críticas al Keynesianismo clásico con elementos de la teoría monetarista y la economía neoclásica. Los neokeynesianos incorporaron conceptos como las expectativas racionales y las rigideces nominales, reconociendo que los precios y salarios no se ajustan instantáneamente y que, por tanto, la intervención estatal sigue siendo necesaria para corregir los desequilibrios a corto plazo.

John Hicks, con su modelo IS-LM, integró la política monetaria y fiscal en un marco que ayudaba a entender cómo estas políticas influían en la demanda agregada y el equilibrio económico. Robert Solow, a través de su modelo de crecimiento exógeno, destacó el papel crucial del progreso tecnológico en el crecimiento a largo plazo, lo que permitió a la teoría keynesiana evolucionar hacia un análisis más detallado de los factores de oferta y no solo de la demanda.

Sin embargo, la “Era Keynesiana” no estuvo exenta de desafíos. La crisis de estanflación de la década de 1970, una combinación de alta inflación y estancamiento económico, expuso las limitaciones del Keynesianismo tradicional y llevó a una reevaluación crítica de sus políticas con el resurgimiento de ideas monetaristas y neoliberales, lideradas por Milton Friedman y Friedrich Hayek.

El monetarismo, bajo el liderazgo de Milton Friedman, enfatizó el papel crucial de la oferta monetaria en la economía, argumentando que la manipulación de la demanda agregada a través del gasto público no solo era ineficaz, sino que también era la principal causa de la inflación. Friedman sostenía que las políticas fiscales expansivas, defendidas por Keynes, podrían llevar a ciclos de auge y recesión más pronunciados, y

que la estabilidad económica dependía más del control de la oferta monetaria que de la intervención estatal. Estas ideas promovieron un cambio en la política económica global, dando lugar a un periodo de mayor confianza en el control de la oferta monetaria y una reducción de la intervención estatal, ideas que fueron implementadas con firmeza por líderes como Ronald Reagan en Estados Unidos y Margaret Thatcher en el Reino Unido.

Por otro lado, las críticas de Friedrich Hayek representaron una de las confrontaciones intelectuales más significativas del siglo XX. Mientras que Keynes abogaba por la intervención estatal para corregir las fallas del mercado, Hayek defendía la libertad individual y la autorregulación del mercado como los pilares de una economía próspera. En su obra *The Road to Serfdom* (1944), Hayek advirtió sobre los peligros de la planificación centralizada y la expansión del poder estatal, argumentando que estas tendencias podrían llevar a la pérdida de libertades individuales y a una economía menos eficiente. Para Hayek, la intervención estatal distorsionaba las señales de precios y, por lo tanto, interfería con la capacidad del mercado para asignar recursos de manera eficiente, lo que no solo creaba ineficiencias a corto plazo, sino que también establecía las condiciones para crisis económicas futuras.

A pesar de las críticas y de la evolución de nuevas teorías, el legado de Keynes sigue siendo fundamental en la formulación de políticas económicas contemporáneas

En conclusión, este trabajo ha demostrado que la economía es una ciencia dinámica y en constante evolución, donde las ideas del pasado no solo influyen en el presente, sino que también son reinterpretadas y adaptadas a nuevos contextos. La capacidad de renovar y adaptar las teorías económicas frente a circunstancias cambiantes asegura su relevancia y su papel crucial en la comprensión y gestión de las economías modernas. Las lecciones derivadas de las teorías marginalista, keynesiana y neokeynesiana continúan influyendo en cómo los economistas y los formuladores de políticas abordan los desafíos económicos actuales, subrayando la importancia de un análisis crítico y adaptativo en la teoría económica. Así, mientras el debate entre la intervención estatal y el libre mercado persiste, lo cierto es que las ideas de Keynes, sus críticos y sus seguidores, seguirán siendo un punto de referencia esencial para cualquier discusión sobre política económica en el futuro.

5. BIBLIOGRAFÍA

BACKHOUSE, R. E. (2001). *The Ordinary Business of Life: A History of Economics from the Ancient World to the Twenty-First Century*. Princeton University Press.

BENTHAM, J. (1789). *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*. T. Payne.

BLAUG, M. (1962). *Economic Theory in Retrospect*. Cambridge University Press.

BLAUG, M. (1972). *Was There a Marginal Revolution?* The Economic Journal, 82 (328), 528-545.

CHOMSKY, N. (2012). *The Decline of the United States: Causes and Consequences*. IUS ET VERITAS, 22 (45).

EICHENGREEN, B. (1996). *Globalizing Capital: A History of the International Monetary System*. Princeton University Press.

ESPASA, A. (2020). *Historia del New Deal: Conflicto y reforma durante la Gran Depresión*. Akal.

Federal Reserve Bank of St. Louis. (2023). *Unemployment rates during the Great Depression*. Recuperado de <https://fred.stlouisfed.org>

FONS, P. (2014). *La economía en el periodo de entreguerras (1919-1939)*. Recuperado de <https://es.slideshare.net/slideshow/la-economia-en-el-periodo-de-entreguerras-19191939/32141466>

FRIEDMAN, M. (1970). *The Counter-Revolution in Monetary Theory*. Institute of Economic Affairs.

FRIEDMAN, M., & SCHWARTZ, A. J. (1963). *A Monetary History of the United States, 1867-1960*. Princeton University Press.

GALBRAITH, J. K. (1955). *The great crash 1929*. Houghton Mifflin.

GORDON, M. (1990). *The New Deal and the Triumph of Liberalism*. Yale University Press.

HAYEK, F. A. (1931). *Prices and Production*. Augustus M. Kelley.

HAYEK, F. A. (1944). *The Road to Serfdom*. University of Chicago Press.

HICKS, J. R. (1937). Mr. Keynes and the “Classics”; A Suggested Interpretation. *Econometrica*, 5 (2), 147-159.

JEVONS, W. S. (1871). *The Theory of Political Economy*. London: Macmillan.

KEYNES, J. M. (1919). *The economic consequences of the peace*. Harcourt Brace.

KEYNES, J. M. (1921). *A treatise on probability*. Macmillan.

KEYNES, J. M. (1930). *A treatise on money* (Vols. 1 & 2). Macmillan.

KEYNES, J. M. (1936). *The General Theory of Employment, Interest, and Money*. Macmillan.

KINDLEBERGER, C. P. (1973). *The World in Depression, 1929-1939*. University of California Press.

KOO, R. (2008). *The Holy Grail of Macroeconomics: Lessons from Japan's Great Recession*. Wiley.

KRUGMAN, P. (1994). *Peddling Prosperity: Economic Sense and Nonsense in the Age of Diminished Expectations*. W. W. Norton & Company.

KRUGMAN, P. (2009). *The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008*. W.W. Norton & Company.

MARSHALL, A. (1890). *Principles of Economics*. Macmillan.

MARTIN-ACEÑA, P. (2013). *Pasado y presente: De la Gran Depresión del siglo XX a la Gran Recesión del siglo XXI*. Fundación BBVA.

MENGER, C. (1871). *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre* [Principles of Economics]. Vienna: Wilhelm Braumüller.

NAREDO, J. M. (2001). *La economía en evolución*. Siglo XXI Editores.

PARETO, V. (1896). *Cours d'économie politique*. F. Rouge.

PERDICES DE BLAS, L. (2008). *Historia del Pensamiento Económico*. Madrid: Editorial Síntesis.

ROBBINS, L. (1934). *The Great Depression*. Macmillan.

RONCAGLIA, A. (2001). *La riqueza de las ideas: Una historia del pensamiento económico*. Prensas de la Universidad de Zaragoza. (3ª ed.)

RONCAGLIA, A. (2019). *La era de la disgregación: Historia del pensamiento económico contemporáneo*. Prensas de la Universidad de Zaragoza.

SAY, J.-B. (1803). *Traité d'économie politique*. Deterville.

SCHUMPETER, J. A. (1954). *History of Economic Analysis*. Oxford University Press.

SENNHOLZ, H. F. (2003). *The Great Depression*. Instituto Universitario ESEADE.

SIMON, H. A. (1957). *Models of Man: Social and Rational*. Wiley.

SKIDELSKY, R. (2005). *Keynes*. PublicAffairs.

SKIDELSKY, R. (2009). *Keynes: The Return of the Master*. PublicAffairs.

SOLOW, R. M. (1970). *Growth theory: An exposition*. The American Economic Review, 60 (1).

SRAFFA, P. (1960). *Production of Commodities by Means of Commodities: Prelude to a critique of economic theory*. Cambridge University Press.

STIGLITZ, J. E. (2012). *The Price of Inequality: How Today's Divided Society Endangers Our Future*. W.W. Norton & Company.

TEMIN, P. (1989). *Lessons from the Great Depression*. MIT Press.

U.S. Bureau of Economic Analysis. (2021). *National income and product accounts tables*. Recuperado de <https://www.bea.gov>

VEBLEN, T. (1900). *Preconceptions of Economic Science*. New York: Macmillan.

WALRAS, L. (1874). *Éléments d'économie politique pure*. L. Corbaz.

WAPSHOTT, N. (2011). *Keynes vs Hayek: The Clash that Defined Modern Economics*. W. W. Norton & Company.